

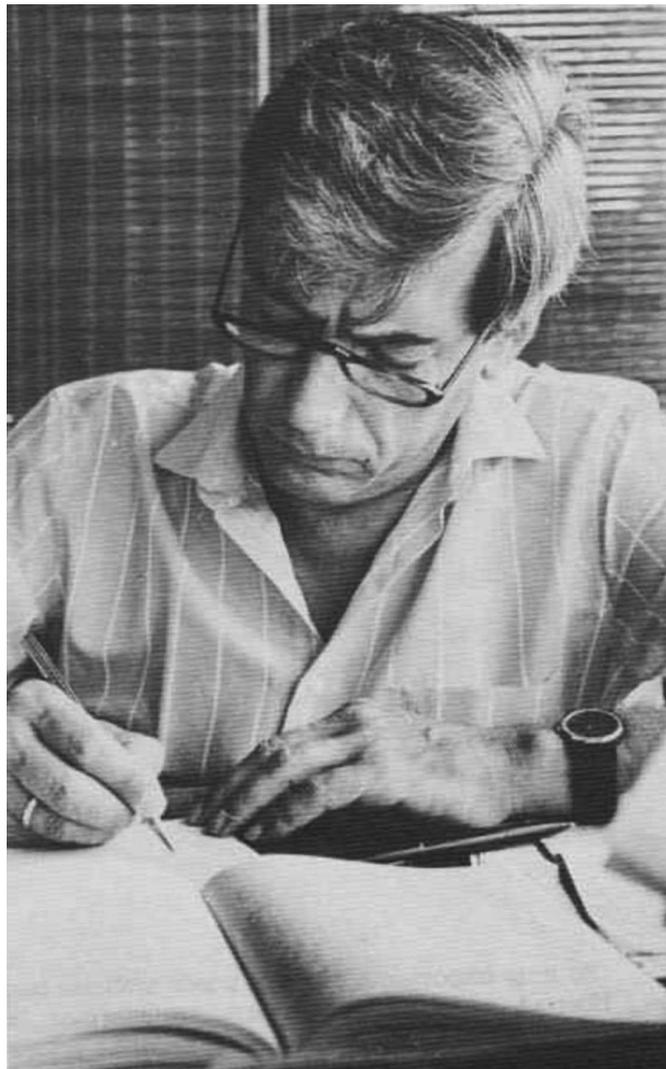
La escritura utópica de Mario Vargas Llosa

Miguel Ángel Huamán

Uno de los efectos más recurrentes de la escritura literaria es el asombro, la curiosidad que desencadena en el lector, frente a la revelación de la dimensión estética. A partir de esa experiencia el usuario intenta descifrar o comprender la peculiar naturaleza de la creación verbal. Entonces, en el afán por entender el secreto de la palabra poética, la primera alternativa consiste en indagar en el autor o escritor al respecto, porque se supone que quien ha concretado una obra que genera tal reacción, debe saber en qué consiste su arte, su destreza, su particular habilidad creativa.

Las definiciones esenciales, los conceptos o nociones que poseen los escritores constituyen lo que los estudiosos de la literatura denominamos las "artes poéticas". Estas pueden aparecer en forma explícita cuando el artista emite juicios, comentarios, ensayos e incluso podemos encontrarlas en entrevistas. Algunos autores optan por manifestar sus opiniones a través de su obra. Entonces, asumimos que existe en forma implícita y tenemos que buscar las artes poéticas en el discurso estético del escritor, en donde a través de la voz de un personaje o del narrador, en el relato o en un poema descubrimos lo que piensa sobre la escritura, la poesía, la novela o la literatura. Incluso algunos poetas tienen poemas cuyo título precisamente es "arte poética", en el que intentan clarificar sobre su propio hacer creador.

Algunos lectores piensan que esa es la única voz autorizada para emitir valoraciones sobre la literatura. De modo indirecto, juzgan



que las opiniones de los críticos no poseen el mismo grado de importancia porque no han participado del proceso creador y son, por así decirlo, simples opiniones, muchas veces motivadas por envidia, frustración o celos. Es decir, que no saben lo que hablan porque no han vivido el trance creador.

Este punto de vista proviene de la sobrevivencia de la imagen del crítico o académico de la literatura o el arte surgido en el marco de las estéticas filosóficas de inicios del siglo XIX, de fundamentación filosófica o hegeliana. En dicha concepción, la comprensión del hecho artístico, es decir, la argumentación filosófica, era considerada superior a la propia actividad creadora artística, pues solo con la explicación racional se revelaba la verdad subyacente en lo estético, cuya naturaleza formal afincaba su naturaleza a la apariencia.

Los escritores de la modernidad, con Charles Baudelaire a la cabeza, fueron los primeros en cuestionar esta postura, al reivindicar la autonomía y soberanía de lo estético frente al discurso racional de la ciencia, con lo que la experiencia literaria posibilita un acceso hacia lo universal desde lo particular, como afirmó Kant. Por supuesto que ello no implica que dicha ampliación cognoscitiva propia del arte sea idéntica a la de la ciencia, ni que el genio o talento lo maneje en forma racional y no intuitiva.

Esta diferencia fundamental es la que no han asimilado quienes creen que la crítica quiere reducir lo estético a lo racional, de ahí que consideren que las interpretaciones ajenas al acto creador son, como afirmaba una mala traducción de un término empleado por los filósofos del lenguaje ordinario, "parásitos" o huéspedes. Suponer que el escritor es el único autorizado para explicar su obra es un error semejante a afirmar que solo los enfermos pueden saber lo que les sucede.

Para los modernos estudios literarios, tanto las "artes poéticas" de los escritores, como las interpretaciones de los críticos, son comprensiones hermenéuticas, cuyas valoraciones están determinadas por la experiencia de lectura. Por lo que, más que buscar explicar las condiciones de manifestación o de realización del fenómeno estético-literario, ofrecen material discursivo valioso y complementario, para la comprensión textual del sistema de producción de sentido de todo autor.

Incluso, en el caso de la obra amplia y plena de un escritor reconocido por su proyecto discursivo, aparece como un espacio para confirmar o precisar aspectos de detalle de su obra. Este es el caso, en el presente estudio de Mario Vargas Llosa. El merecido otorgamiento del Premio Nobel de Literatura 2010 al autor arequipeño, ha puesto otra vez en debate la naturaleza de sus puntos de vista sobre la actividad literaria, sus ideas y conceptos en torno a la relación entre la práctica estética y la política, sus conceptos y definiciones sobre la ficción y la sociedad. La intención de estas líneas es realizar una rápida revisión del "arte poética" del autor de *La casa verde*, con el objeto de clarificar la continuidad de sus convicciones básicas y cómo la aparente adscripción de su postura a una opción esteticista, que algunos han considerado homóloga a su postura ideológica a favor del liberalismo, ha sido modificada, de conformidad con sus últimas reflexiones. Ello acerca su obra a la del otro gran narrador peruano del siglo XX: José María Arguedas.

Desde nuestro punto de vista, consideramos que dos acontecimientos iluminan el escenario cultural del año que abre la segunda década del tercer milenio en el Perú. La obtención del Premio Nobel de Literatura por Mario Vargas Llosa y la conmemoración de los cien años del nacimiento de José María Arguedas. Ambos escritores simbolizan los problemas y las posibilidades del Perú como nacionalidad en formación. La intención de este breve estudio es rendir un justo homenaje a los dos, promover la lectura y conocimiento de sus obras y, con idéntico espíritu de diálogo e integración que la propia experiencia estética posibilita, proponer la reflexión colectiva que incorpore ambos geniales imaginarios en un sentido integrador, a favor de una identidad nacional.

Para una formación social plural y heterogénea, atravesada por tremendas desigualdades económicas e históricas injusticias, desterrar una cultura de la confrontación y la desconfianza, para proponer un horizonte que articule nuestra diversidad como una fortaleza constituye una necesidad en la búsqueda de un desarrollo sostenible y una modernidad alternativa. La escritura literaria promueve una comunidad imaginaria constructora de identidad nacional, cuya naturaleza y propuesta se requiere esclarecer para consolidar una identidad colectiva, la solidaridad ciudadana y la convicción de paz. Como humanista busco contribuir a dicho objetivo, al proponer un diálogo sobre dos de nuestros literatos más universales, en cuyas obras la utopía de un país libre, unido y con una óptima calidad de vida sea una realidad que cualquier peruano

no engrilletado por el egoísmo o el rencor, pueda soñar y concretar.

Contra viento y marea

Para ceñirnos a nuestra preocupación, nos vamos a centrar en la idea que tiene el autor en torno a la escritura. Su importancia como actividad que sostiene el edificio de la literatura lo he resaltado en otros trabajos, a los que me remito para no reiterar argumentos. Como es de conocimiento general, en sus artículos periodísticos Vargas Llosa ha explicitado ideas respecto a su vocación literaria, a lo que significó para él asumir la literatura; es decir, aquello que hemos definido como su "arte poética" explícita. Del mismo modo en que muchos escritores de mediados de los cincuenta tuvo que incursionar en el periodismo para lograr sobrevivir.

Estas notas aparecidas en diarios y revistas, durante varias décadas, fueron reunidas en varios tomos para su publicación. Dentro de esta producción, en un texto en particular se expresa una idea que nos va a permitir iniciar esta reflexión:

Cuando yo era estudiante, leía con pasión a Sartre y creía a pie juntillas sus tesis sobre el compromiso del escritor con su tiempo y su sociedad. Que las palabras eran actos y que, escribiendo, un hombre podía actuar sobre la historia (Vargas Llosa 1990: 411).

El compromiso literario de los jóvenes de su generación se fundamentaba en la creencia de que se podía incidir en la existencia a través de la escritura. La posición básica

de los escritores indigenistas, que asumían la escritura como una posición ética frente a la injusta situación social y económica de los sectores andinos, víctimas de la explotación y el racismo, otorgaba a la literatura una función ancilar, servil, como había descrito atinadamente Alfonso Reyes.

Este rasgo específico de la tradición literaria latinoamericana, fue reformulado por los escritores de la llamada novela urbana sobre la base de asumir una profesionalización frente a la escritura, en el convencimiento de que la escritura estética podía lograr, más que una tribuna de denuncia, el cambio de conciencia y el despertar de un compromiso revolucionario, que impulse la modernidad en la región.

Sin duda, la conciencia del registro propio que se requería en el lenguaje estético, impulsó a estos escritores a renovar la tradición literaria. En ese nuevo horizonte de expectativas de los jóvenes escritores, coincidían muchos que después tendrían posiciones encontradas. En tal sentido, resulta importante recordar la etapa en la que Vargas Llosa era, como Arguedas, socialista. Esta posición se hará explícita en un discurso específico, con ocasión de la obtención de uno de los primeros reconocimientos al escritor.

La literatura es fuego

El texto del discurso de Mario Vargas Llosa al recibir el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos el 4 de agosto de 1967 en

Caracas, nos confirma lo antes señalado y nos ofrece un segundo acercamiento al tema:

La literatura es fuego, que ella significa inconformismo y rebelión, que la razón del ser del escritor es la protesta, la contradicción y la crítica.

El joven premiado define la práctica literaria como una respuesta revolucionaria, en diálogo con la sociedad, que busca modificar todo lo que constituye una rémora o atraso.

El escritor ha sido, es y seguirá siendo un descontento. Nadie que esté satisfecho es capaz de escribir, nadie que esté de acuerdo, reconciliado con la realidad, cometería el ambicioso desatino de inventar realidades verbales. La vocación literaria nace del desacuerdo de un hombre con el mundo, de la intuición de deficiencias, vacíos y escorias a su alrededor. La literatura es una forma de insurrección permanente y ella no admite las camisas de fuerza. Todas las tentativas destinadas a doblegar su naturaleza airada, díscola, fracasarán. La literatura puede morir pero no será nunca conformista.

La frase final del fragmento desnuda una postura radical frente a otras posibilidades para la escritura literaria: la evasión, el entretenimiento o el consumo, son desterrados por su papel cómplice frente a la sociedad.

Solo si cumple esta condición es útil la literatura a la sociedad. Ella contribuye al perfeccionamiento humano impidiendo el marasmo espiritual, la autosatisfacción, el



inmovilismo, la parálisis humana, el reblandecimiento intelectual o moral. Su misión es agitar, inquietar, alarmar, mantener a los hombres en una constante insatisfacción de sí mismos: su función es estimular sin tregua la voluntad de cambio y de mejora, aun cuando para ello deba emplear las armas más hirientes y nocivas. Es preciso que todos lo comprendan de una vez: mientras más duros y terribles sean los escritos de un autor contra su país, más intensa será la pasión que lo una a él. Porque en el dominio de la literatura, la violencia es una prueba de amor.

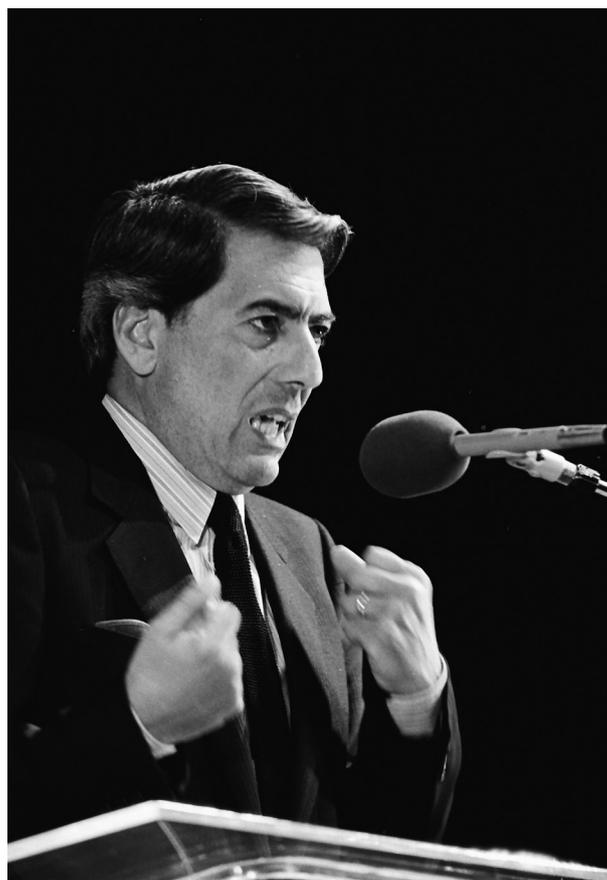
El joven escritor Mario Vargas Llosa, con toda la vehemencia de su compromiso estético, explicita una idea de la literatura que, olvidada posteriormente, podía interpretarse como propia de un artista militante de un grupo insurreccional. Eran consecuencia del clima intelectual que dominaba América Latina y que

tuvo una influencia determinante en la mayoría de sensibilidades artísticas de la región:

La realidad americana, claro está, ofrece al escritor un verdadero festín de razones para ser un insumiso y vivir descontento. Sociedades donde la injusticia es ley, paraíso de ignorancia, de explotación, de desigualdades cegadoras de miseria, de condenación económica cultural y moral, nuestras tierras tumultuosas nos suministran materiales suntuosos, ejemplares, para mostrar en ficciones, de manera directa o indirecta, a través de hechos, sueños, testimonios, alegorías, pesadillas o visiones, que la realidad está mal hecha, que la vida debe cambiar. Pero dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado, a todos nuestros países como ahora a Cuba la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las

fuerzas que hoy la ofenden y reprimen. Yo quiero que esa hora llegue cuanto antes y que América Latina ingrese de una vez por todas en la dignidad y en la vida moderna, que el socialismo nos libere de nuestro anacronismo y nuestro horror. Pero cuando las injusticias sociales desaparezcan, de ningún modo habrá llegado para el escritor la hora del consentimiento, la subordinación o la complicidad oficial. Su misión seguirá, deberá seguir siendo la misma; cualquier transigencia en este dominio constituye, de parte del escritor, una traición. Dentro de la nueva sociedad, y por el camino que nos precipiten nuestros fantasmas y demonios personales, tendremos que seguir, como ayer, como ahora, diciendo no, rebelándonos, exigiendo que se reconozca nuestro derecho a disentir, mostrando, de esa manera viviente y mágica como solo la literatura puede hacerlo, que el dogma, la censura, la arbitrariedad son también enemigos mortales del progreso y de la dignidad humana, afirmando que la vida no es simple ni cabe en esquemas, que el camino de la verdad no siempre es liso y recto, sino a menudo tortuoso y abrupto, demostrando con nuestros libros una y otra vez la esencial complejidad y diversidad del mundo y la ambigüedad contradictoria de los hechos humanos. Como ayer, como ahora, si amamos nuestra vocación, tendremos que seguir librando las treinta y dos guerras del coronel Aureliano Buendía, aunque, como a él, nos derroten en todas.

Ser socialista significaba, en esos turbulentos años, algo así como apostar por la justicia y la democracia efectiva. Muchas de las aberraciones del llamado "socialismo real" no eran conocidas. En tal sentido, la adscripción de los escritores era más simbólica que efecti-



va, puesto que implicaba una declaración no a favor de algún grupo partidario específico —que en esos años ya iniciaban una interminable secuencia de rupturas y enfrentamientos sectarios—, sino hacia un horizonte utópico de articulación de sectores, a favor de un cambio social y cultural:

Nuestra vocación ha hecho de nosotros, los escritores, los profesionales del descontento, los perturbadores conscientes o inconscientes de la sociedad, los rebeldes con causa, los insurrectos irredentos del mundo, los

insoportables abogados del diablo. No sé si está bien o si está mal, solo sé que es así. Esta es la condición del escritor y debemos reivindicarla tal como es. En estos años en que comienza a descubrir, aceptar y auspiciar la literatura, América Latina debe saber, también, la amenaza que se cierne sobre ella, el duro precio que tendrá que pagar por la cultura. Nuestras sociedades deben estar alertadas: rechazado o aceptado, perseguido o premiado, el escritor que merezca este nombre seguirá arrojándoles a los hombres el espectáculo no siempre grato de sus miserias y tormentos.

Resulta muy significativo que, según el fragmento, Vargas Llosa ratifique que la opción del escritor frente a la literatura posea un rango profesional tan responsable y permanente. Ello pone en evidencia que la matriz de la que surgía la definición de su actividad artística era esencialmente esteticista. Esta condición aflorará posteriormente, como un espacio de refugio ante la caída de las utopías revolucionarias en América Latina.

Literatura y política

Lo acontecido entre esos primeros años de la carrera literaria de nuestro Premio Nobel y su desarrollo posterior es una historia conocida. Tiene un momento de inflexión en su candidatura presidencial promovida por un frente liberal de derecha. El escritor arequipeño demorará muchos años en retomar la reflexión en torno al quehacer literario, eso se produ-

cirá en un foro intelectual internacional de reconocimiento latinoamericano.

La Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, a la que han comparecido destacadas figuras del pensamiento contemporáneo, invitó a Mario Vargas Llosa. Sus palabras fueron publicadas por el Fondo de Cultura Económica, en el 2001. En ese importante documento encontramos una idea capital que explicita el "arte poética" del autor de *La guerra del fin del mundo*:

Las palabras son actos. A través de la escritura uno participa en la vida. Escribir no es un ejercicio gratuito, no es una gimnasia intelectual, no, es una acción que desencadena efectos históricos, que tiene reverberaciones sobre todas las manifestaciones de la vida, por lo tanto es una actividad profunda, esencialmente social (Vargas Llosa 2001: 46).

Este texto permite constatar un proceso de retorno a las viejas concepciones sobre la literatura, cuya explicitación más detallada se manifestará con ocasión de la obtención de uno de los reconocimientos más importantes en el área de la actividad estética. Tal vez el impulso emocional de este galardón, así como su peso simbólico, serán determinantes para que nuestro escritor vuelva al pasado e intente reconciliar su propio devenir.

Discurso del Nobel

Algunas veces me pregunté si en países como el mío, con escasos lectores y tantos pobres, analfabetos e injusticias, donde la cultura era privilegio de tan pocos, escribir no era un lujo solipsista. Pero estas dudas nunca asfixiaron mi vocación y seguí siempre escribiendo, incluso en aquellos periodos en que los trabajos alimenticios absorbían casi todo mi tiempo. Creo que hice lo justo, pues, si para que la literatura florezca en una sociedad fuera requisito alcanzar primero la alta cultura, la libertad, la prosperidad y la justicia, ella no hubiera existido nunca. Por el contrario, gracias a la literatura, a las conciencias que formó, a los deseos y anhelos que inspiró, al desencanto de lo real con que volvemos del viaje a una bella fantasía, la civilización es ahora menos cruel que cuando los contadores de cuentos comenzaron a humanizar la vida con sus fábulas. Seríamos peores de lo que somos sin los buenos libros que leímos, más conformistas, menos inquietos e insumisos y el espíritu crítico, motor del progreso, ni siquiera existiría. Igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida.

Este fragmento permite apreciar cómo Vargas Llosa esgrime ideas idénticas a las que expresó cuando era un joven y talentoso escritor. Esta impresión no peca de superficial ni antojadiza si seguimos el hilo argumental, que continúa más adelante así:

Quien busca en la ficción lo que no tiene, dice, sin necesidad de decirlo, ni siquiera saberlo, que la vida tal como es no nos

basta para colmar nuestra sed de absoluto, fundamento de la condición humana, y que debería ser mejor. Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera las muchas vidas que quisiéramos tener cuando apenas disponemos de una sola. [...] Sin las ficciones seríamos menos conscientes de la importancia de la libertad para que la vida sea vivible y del infierno en que se convierte cuando es conculcada por un tirano, una ideología o una religión. Quienes dudan de que la literatura, además de sumirnos en el sueño de la belleza y la felicidad, nos alerta contra toda forma de opresión, pregúntense por qué todos los regímenes empeñados en controlar la conducta de los ciudadanos de la cuna a la tumba, la temen tanto que establecen sistemas de censura para reprimirla y vigilan con tanta suspicacia a los escritores independientes. Lo hacen porque saben el riesgo que corren dejando que la imaginación discurra por los libros, lo sediciosas que se vuelven las ficciones cuando el lector coqueteja la libertad que las hace posibles y que en ellas se ejerce, con el oscurantismo y el miedo que lo acechan en el mundo real. Lo quieran o no, lo sepan o no, los fabuladores, al inventar historias, propagan la insatisfacción, mostrando que el mundo está mal hecho, que la vida de la fantasía es más rica que la de la rutina cotidiana. Esa comprobación, si echa raíces en la sensibilidad y la conciencia, vuelve a los ciudadanos más difíciles de manipular, de aceptar las mentiras de quienes quisieran hacerles creer que, entre barrotes, inquisidores y carceleros viven más seguros y mejor.

Sin embargo, este discurso con ocasión de recibir el Premio Nobel, nos permite apreciar

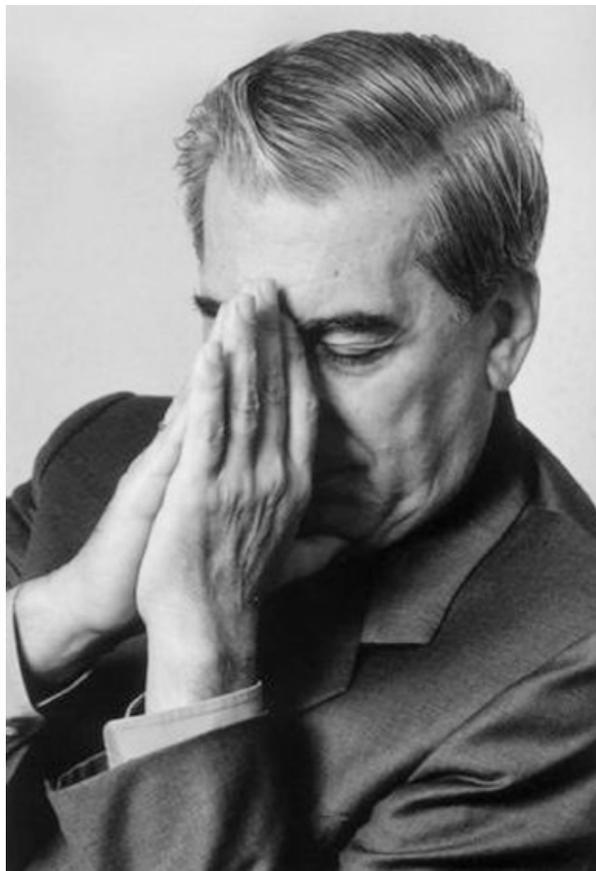
un matiz diferente, que retoma la vieja utopía de la escritura de sus años juveniles:

La buena literatura tiende puentes entre gentes distintas y, haciéndonos gozar, sufrir o sorprendernos, nos une por debajo de las lenguas, creencias, usos, costumbres y prejuicios que nos separan. [...] En mi juventud, como muchos escritores de mi generación, fui marxista y creí que el socialismo sería el remedio para la explotación y las injusticias sociales que arreciaban en mi país, América Latina y el resto del Tercer Mundo. Mi decepción del estatismo y el colectivismo y mi tránsito hacia el demócrata y el liberal que soy —que trato de ser— fue largo, difícil, y se llevó a cabo despacio y a raíz de episodios como la conversión de la Revolución Cubana, que me había entusiasmado al principio, al modelo autoritario y vertical de la Unión Soviética, el testimonio de los disidentes que conseguía escurrirse entre las alambradas del Gulag, la invasión de Checoslovaquia por los países del Pacto de Varsovia, y gracias a pensadores como Raymond Aron, Jean-François Revel, Isaiah Berlin y Karl Popper, a quienes debo mi revalorización de la cultura democrática y de las sociedades abiertas. Esos maestros fueron un ejemplo de lucidez y gallardía cuando la *intelligentsia* de Occidente parecía, por frivolidad u oportunismo, haber sucumbido al hechizo del socialismo soviético, o, peor todavía, al aquellarre sanguinario de la revolución cultural china.

Al reivindicar su pasado, Mario Vargas Llosa explicita una modificación de la valoración del horizonte utópico que caracterizó su anterior

militancia. La literatura se constituye en un espacio para imaginar un mundo posible, una comunidad imaginada en donde la diversidad y la pluralidad se erijan como la fuente de una matriz nacional incorporada a su propia naturaleza:

Al Perú yo lo llevo en las entrañas porque en él nació, crecí, me formé, y viví aquellas experiencias de niñez y juventud que modelaron mi personalidad, fraguaron mi vocación,



y porque allí amé, odié, gocé, sufrí y soñé. Lo que en él ocurre me afecta más, me conmueve y exaspera más que lo que sucede en otras partes. No lo he buscado ni me lo he impuesto, simplemente es así.

En el siguiente fragmento del discurso vargaslosiano, podemos apreciar, desde nuestra óptica, una rectificación frente a la figura de Arguedas. Detectamos en las palabras pronunciadas un regreso a la vocación utópica en la escritura estética:

Un compatriota mío, José María Arguedas, llamó al Perú el país de 'todas las sangres'. No creo que haya fórmula que lo defina mejor. Eso somos y eso llevamos dentro todos los peruanos, nos guste o no: una suma de tradiciones, razas, creencias y culturas procedentes de los cuatro puntos cardinales. A mí me enorgullece sentirme heredero de las culturas prehispánicas que fabricaron los tejidos y mantos de plumas de Nazca y Paracas y los ceramios mochicas o incas que se exhiben en los mejores museos del mundo, de los constructores de Machu Picchu, el Gran Chimú, Chan Chan, Kuelap, Sipán, las huacas de La Bruja y del Sol y de la Luna, y de los españoles que, con sus alforjas, espadas y caballos, trajeron al Perú a Grecia, Roma, la tradición judeo-cristiana, el Renacimiento, Cervantes, Quevedo y Góngora, y la lengua recia de Castilla que los Andes dulcificaron. Y de que con España llegara también el África con su reciedumbre, su música y su efervescente imaginación a enriquecer la heterogeneidad peruana. Si escarbamos un poco descubrimos que el Perú, como el Aleph de Borges, es en pequeño formato el

mundo entero. ¡Qué extraordinario privilegio el de un país que no tiene una identidad porque las tiene todas!

La palabra de nuestro Premio Nobel se acerca, en este fragmento, a la manifestada por José María Arguedas. Modernidad y tradición se fusionan, a través de la literatura y explicita una convicción sobre su posibilidad utópica:

Volvamos a la literatura. El paraíso de la infancia no es para mí un mito literario sino una realidad que viví y gocé en la gran casa familiar de tres patios, en Cochabamba, donde con mis primas y compañeros de colegio podíamos reproducir las historias de Tarzán y de Salgari, y en la Prefectura de Piura, en cuyos entretechos anidaban los murciélagos, sombras silentes que llenaban de misterio las noches estrelladas de esa tierra caliente. En esos años, escribir fue jugar un juego que me celebraba la familia, una gracia que me merecía aplausos, a mí, el nieto, el sobrino, el hijo sin papá, porque mi padre había muerto y estaba en el cielo. Era un señor alto y buen mozo, de uniforme de marino, cuya foto engalanaba mi velador y a la que yo rezaba y besaba antes de dormir. Una mañana piurana, de la que todavía no creo haberme recobrado, mi madre me reveló que aquel caballero, en verdad, estaba vivo. Y que ese mismo día nos iríamos a vivir con él, a Lima. Yo tenía once años y, desde entonces, todo cambió. Perdí la inocencia y descubrí la soledad, la autoridad, la vida adulta y el miedo. Mi salvación fue leer, leer los buenos libros, refugiarme en esos mundos donde vivir era exaltante, intenso, una aventura tras otra, donde podía sentirme libre y volvía a

ser feliz. Y fue escribir, a escondidas, como quien se entrega a un vicio inconfesable, a una pasión prohibida. La literatura dejó de ser un juego. Se volvió una manera de resistir la adversidad, de protestar, de rebelarme, de escapar a lo intolerable, mi razón de vivir. Desde entonces y hasta ahora, en todas las circunstancias en que me he sentido abatido o golpeado, a orillas de la desesperación, entregarme en cuerpo y alma a mi trabajo de fabulador ha sido la luz que señala la salida del túnel, la tabla de salvación que lleva al náufrago a la playa.

Finalmente, las definiciones e ideas esenciales sobre la escritura literaria de Mario Vargas Llosa se aproximan, hasta casi constituir una fuente común para los futuros escritores nacionales, con la parte final de la obra argentina: *Katatay* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

La literatura es una representación falaz de la vida que, sin embargo, nos ayuda a entenderla mejor, a orientarnos por el laberinto en el que nacimos, transcurrimos y morimos. Ella nos desagravia de los reveses y frustraciones que nos inflige la vida verdadera y gracias a ella desciframos, al menos parcialmente, el jeroglífico que suele ser la existencia para la gran mayoría de los seres humanos, principalmente aquellos que alentamos más dudas que certezas, y confesamos nuestra perplejidad ante temas como la trascendencia, el destino individual y colectivo, el alma, el sentido o el sinsentido de la historia, el más acá y el más allá del conocimiento racional. [...] La ficción es más que un entretenimiento, más que un ejercicio

intelectual que aguza la sensibilidad y despierta el espíritu crítico. Es una necesidad imprescindible para que la civilización siga existiendo, renovándose y conservando en nosotros lo mejor de lo humano. Para que no retrocedamos a la barbarie de la incomunicación y la vida no se reduzca al pragmatismo de los especialistas que ven las cosas en profundidad pero ignoran lo que los rodea, precede y continúa. Para que no pasemos de servirnos de las máquinas que inventamos a ser sus sirvientes y esclavos. Y porque un mundo sin literatura sería un mundo sin deseos ni ideales ni desacatos, un mundo de autómatas privados de lo que hace que el ser humano sea de veras humano: la capacidad de salir de sí mismo y mudarse en otro, en otros, modelados con la arcilla de nuestros sueños.

Con esta breve reflexión he pretendido provocar una operación crítica de síntesis entre dos de nuestros más grandes escritores, a partir de las ideas o conceptos que poseen en torno a la escritura literaria. Estoy convencido de que en el ejercicio de la crítica literaria nos falta propugnar trabajos que busquen, en lugar de la confrontación y la discrepancia, el diálogo y el encuentro solidario entre discursos y sujetos. Ello nos permitirá, como humanistas, poner en evidencia que los estudios literarios y culturales comparten también el horizonte utópico que la experiencia estética posibilita: hacer de nuestra patria una comunidad imaginada en donde cualquier hombre, no embrutecido ni engrilletado por el egoísmo, pueda vivir feliz todas las patrias. Espero haber contribuido a dicho sueño.

Referencias

HUAMÁN, Miguel Ángel

2006 "Escritura utópica y compromiso estético-político: de Churata a Colchado". *Escritura & Pensamiento* 15. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

VARGAS LLOSA, Mario

2010 *Elogio de la lectura y la ficción*. Fundación Nobel.

2001 *Literatura y política*. México: Fondo de Cultura Económica.

1990 *Contra y viento y marea 3: 1964-1988*. Lima: Peisa.

1967 "La literatura es fuego". Tomado de internet: <<http://www.geocities.com/boomlatino/vpremio01.html>>.